

Marcos, Juan Manuel: *Roa Bastos, precursor del post-boom*, México, Editorial Katún, S. A., 1983.

Por encima de la no escasa bibliografía crítica en torno a la obra del paraguayo Roa Bastos, Juan Manuel Marcos viene arrojando luz sobre dos novelas de su compatriota: *Hijo de hombre* y *Yo el Supremo*. Y junto al premio obtenido por este ensayo en México —Premio Internacional Plural, México 1982— este libro del Dr. Marcos tendrá para el estudioso de la Literatura Hispanoamericana un calor inmedido, porque el enfrentamiento del especialista con el texto literario se hace con meditativa técnica no privada de elegancia.

Abre el libro un «Prólogo» que al lector especialista no le ha de decir mucho; pero sí al hombre que porta sentimientos, ya que en él hay una confesión clara de la debilidad del autor: la gratitud; debilidad que desde aquí elogiamos porque «de bien nacidos es ser agradecidos» y J. M. Marcos lo es.

El ensayo en torno a estas dos obras del novelista paraguayo no es muy extenso. Se aprieta en torno a cien páginas que llenan tres capítulos o partes («Recapitulando *Hijo del hombre*»; «Estrategia textual de *Yo el Supremo*»; y «*Yo el Supremo* como "reprobación" del discurso histórico») y unas luminosas, por lo precisas, «Conclusiones».

Nos parece que el Dr. Marcos apuesta fuerte y con madura valentía en el título de su ensayo sobre el autor más importante de la narrativa actual paraguaya y uno de los creadores más originales de la novela actual hispanoamericana. Será el lector el que dirá, después de la lectura reposada y atenta de este precioso ensayo, si está con el crítico. Nosotros creemos en el acierto del título.

Encierra el primer capítulo —o primera parte— un análisis minucioso de *Hijo de hombre* (1960), capítulo a capítulo. Y se ve bien claro que esta primera parte tiene en sí la pretensión de justificar el párrafo que la inicia: «Si bien en *Hijo de hombre* (1960), la primera novela de Augusto Roa Bastos (1917), apenas se insinúan algunos rasgos estéticos y ciertas técnicas de vanguardia que adquirirían en *Yo el Supremo* (1974) desarrollo y radicalidad experimentalista, su calidad literaria, universalmente consagrada, se encuentra por encima de modas expresivas. En modo alguno una de estas obras puede ser considerada inferior a la otra. Por otra parte, *Hijo de hombre* constituye, aunque desde una perspectiva personalísima y algo amarga, una de las interpretaciones más serias y profundas que se hayan ensayado, en cualquier género, acerca de la historia y la psicología del hombre paraguayo». Y así, de inmediato, el crítico precisa el protagonista de esta novela, poniendo énfasis en que, si bien en el texto brilla la figura de Miguel Vera, campesino de Itapé, en rigor, la novela presenta más bien un protagonista colectivo —los hombres y mujeres más humildes y desamparados del Paraguay, pues, al lado de Vera, desfilan numerosos personajes sólo en apariencia secundarios.

Un apunte biográfico sobre el creador paraguayo dice de la personalidad y labor literaria de éste al alumno estudioso, ya que, a nuestro parecer, es al alumno a quien tiene más presente el profesor J. M. Marcos.

Mas, si útiles, certeras y valiosas son estas pinceladas que buscan el perfil del creador, más dignas de tenerse en cuenta para el análisis de la obra son las que apuntan a las influencias en la narración roabastiana, que «se encuentra intensamente impregnada de una exasperada indignación social por las injusticias cometidas contra el pueblo paraguayo, sobre todo en sus capas más oprimidas:

campesinos sin tierra, obreros del yerbal, antiguos esclavos, prostitutas, leprosos, niños sin padre...».

El análisis, que el Dr. Marcos lleva a cabo capítulo a capítulo, y de ahí ese «Recapitulando *Hijo de hombre*» con el que encabeza la primera parte de su ensayo, resulta no sólo riguroso sino también atrayente para el lector, porque la pluma de Roa Bastos afina los timbres del crítico testimoniando así el acierto del comentarista.

Como una «descripción condensada de *Hijo de hombre*» nos presenta el autor este ensayo, que tiene el mérito de la novedad y del logro. Sin embargo, no se queda ahí y se enfrenta con la crítica, para, reconociendo las contribuciones positivas de ésta, «definir» o «aventurar una hipótesis acerca de la idea de la identidad nacional, no sólo paraguaya, sino también latinoamericana, que sugiere *Hijo de hombre*». Y aquí brilla el acierto de Juan Manuel Marcos, quien, apoyado en la evolución ideológica fundamental del Paraguay, concluye afirmando ser *Hijo de hombre* «no una lectura mítica ni sociológica del Paraguay, sino una versión antropológica del hombre latinoamericano universal... cifrada en una visión profundamente esperanzada, a pesar de su exasperación, del hombre paraguayo, en su voluntad colectiva de sobrevivir».

En la segunda parte del ensayo el profesor J. M. Marcos pretende precisar la «estrategia textual de *Yo el Supremo*». Y de nuevo descubrimos en su postura la de un crítico serio, aferrado a un análisis pomenorizado. Después de resaltar el «neobarroquismo» que la crítica especializada ha venido proclamando sobre *Yo el Supremo*, y de expresar el gozo intelectual que puede surgir en el ánimo del estudioso, al correr la aventura de sumergirse en las páginas de esta novela, de la que el lector puede convertirse en cocreador, al seguir Roa Bastos la moda de los creadores experimentalistas, una vez más el Dr. Marcos se convierte en clarividente profesor e ilumina con su viva interpretación y comentario la creación roabastiana. Es arriesgado y preciso, sosteniendo que la obra, aunque inspirada en un personaje histórico (el doctor Francia) y apoyada en numerosos personajes y hechos de carácter histórico, es completamente imaginaria; montada sobre secuencias y un monólogo, cuyo sujeto es el Supremo muerto y por lo mismo instalado en la inmutabilidad e intemporalidad. Y muy bien ve el autor de este ensayo que lo original en Roa Bastos no está en el recurso a un personaje que habla desde la tumba —Juan Rulfo, por ejemplo, ya ha echado mano de tal recurso—, sino en montar toda la novela sobre el monólogo supremo de un personaje instalado en la eternidad por haber muerto ya.

Descubrimos gozosamente que el crítico paraguayo no ha pasado por alto el disfraz usado por Roa Bastos en la composición de *Yo el Supremo*: compilador. Pero opinamos que lo más positivo de esta segunda parte del ensayo que nos ofrece Juan Manuel Marcos, está en la lectura personal que ha hecho de esta notable novela roabastiana; y que nosotros creemos enriquece más al estudioso que otras que conocemos.

Llama la atención el profesor sobre los múltiples mitos que desfilan por la novela, para cerrar esta segunda parte de su ensayo enumerando las características técnicas más destacadas en *Yo el Supremo* y definir lo que la novela es y supone dentro de la narrativa roabastiana.

Vemos un tanto derramado al crítico de este ensayo en la tercera parte del mismo: está la salsa de la erudición, pero para el lector consideramos puede resultar un tanto pesada toda esta oferta. Ahora bien, cuando a continuación el Dr.

Marcos se centra en el examen de *Yo el Supremo*, volvemos a encontrarnos con el crítico y profesor lúcido, certero y preciso, en párrafos vibrantes y brillantes que no nos resistimos a silenciar: «*Yo el Supremo* toma un claro partido ideológico en favor de un proyecto socialista, humanista y revolucionario para nuestra América. Repudia la ideología, el discurso y las actividades burguesas de los académicos de la Historia, de quienes afirma sin circunloquios: «Cuanto más cultos quieren ser, menos quieren ser paraguayos». «...Y llegamos entonces a la conclusión fundamental de este trabajo: Yo el *Supremo*, como el *Quijote*, el *Ulises* o *Nuestra América* es una obra de anticipación. No sólo de nuevos estilos o movimientos literarios, sino de realidades sociales y procesos políticos y culturales, en América Latina y el resto del mundo». «Pero Roa Bastos se yergue, sobre todo, como el gran precursor del post-*boom*, por su ejemplar desacralización del discurso "culto", de los amos del lenguaje "civilizado" de las academias, el mercado literario y las cátedras y revistas al servicio del imperialismo».

Nada le discutiremos al Dr. Marcos, porque, desde su sitio de crítico y profesor, lo es y además lúcido, certero, y preciso hasta en las últimas páginas, dedicadas a unas muy concretas y esclarecedoras conclusiones.

LUCRECIO PÉREZ BLANCO
Universidad Complutense de Madrid

CORTÁZAR, Julio: *Los astronautas de la cosmopista o Un viaje atemporal París-Marsella*. Muchnik Editores, Barcelona, 1984.

El último libro de Julio Cortázar se nos insinúa como un libro esencialmente lúdico. Como en tantas obras del autor argentino, el humor es en este viaje un camino hacia la felicidad.

Todo en este libro es explícito, y por ello menos evidente o más inefable. Su plan es tan sencillo como extravagante, tan empírico como irreal. El conjunto de lo que contiene puede resumirse en: (1) un viaje por la autopista París-Marsella (de la que se proponen no salir); (2) la exploración de todos los paraderos; (3) la especificación de lo que cada día acontece en un tono pretendidamente científico (que en el libro aparece en tipografía de máquina de escribir); (4) la inspiración en diversos autores de viajes: Marco Polo, Colón, Swift, J. Verne, etc. Con la ayuda, además, de las ilustraciones fotográficas (otro recurso pretendidamente científico).

Los objetivos de este viaje son explicitados con la misma ingenuidad: (1) «El conocimiento detallado de la autopista» y (2) «verificar (...) la existencia de la ciudad de Marsella» (pág. 237).

Este breve resumen, que no contiene lo esencial del libro, quizá ayude a entender el título, emblema de un método de conocimiento de una realidad que no es de ninguna manera la aparente, sino la subyacente. Como también ha venido haciendo Cortázar en toda su obra, hay en este libro un principio rector básico en su actitud como escritor: ir a contrapelo del mundo exterior observable y que por cotidiano nos pasa más desapercibido; romper con la funcionalidad de ciertos